



RadioApasionad@s
Experiencias de radio comunitaria en el mundo
www.comunica.org/apasionados/

Capítulo 5

Como KPFA encontró un nuevo hogar

Bill Thomas

Ubicada en Berkeley, California, la KPFA es la abuela de la radio comunitaria en Estados Unidos. La emisora fue fundada por un grupo de pacifistas poco después de la II Guerra Mundial que se autodenominaron la Fundación Pacífica. Disgustados por la manera como la radio había sido utilizada para atizar las pasiones bélicas, estaban entusiasmados con la idea de aprovechar el medio para promover paz y desarrollo comunitario. Los comienzos de la KPFA como radio comercial no fueron muy exitosos. Aunque el pacifismo era muy popular entre los americanos hartos de la guerra, no figuraba en el programa del gobierno ni de los anunciantes de las corporaciones. En busca de alternativas, los fundadores decidieron pedir a sus oyentes que se “suscribieran” a la emisora, como si se tratara de una revista o de un periódico. El proyecto dio resultado. Hoy en día, la emisora obtiene la mayor parte de sus ingresos de donaciones de sus oyentes. La mayoría de éstas se hacen durante los “maratones” radiofónicos cuando los programadores ponen lo mejor de su programación e invitan a los oyentes a suscribirse y ayudar a la emisora.

Así como es la primera radio comunitaria en Estados Unidos, la KPFA es también una de las más grandes. No acepta publicidad, ni siquiera suscripción limitada de valores, pero las donaciones de sus oyentes y otras pocas fuentes le proporcionan un presupuesto de más de un millón de dólares al año.

Hay muchas historias que contar acerca de la KPFA. La emisora ha tenido varios personajes pintorescos y ha producido cantidad de emisiones extraordinarias. Ha habido momentos excitantes de contacto con la comunidad y de conflicto con el poder. La Comisión Federal de Comunicaciones y otros organismos de gobierno han intentado, en

varias ocasiones, anular la licencia de radiodifusión de la emisora. Pero quizás deba de contarse una historia que hace al caso, ya que refleja los problemas actuales de la radio comunitaria en Estados Unidos: la de cómo la KPFA consiguió un nuevo hogar.

A lo largo de los años, la radio comunitaria basada en el modelo de “patrocinio” por los oyentes ha llegado a ser conocida como radio harapienta con medios reducidos, donde los programadores voluntarios trabajan en estudios desvencijados con equipos sujetos con pinzas de cocodrilo y amenazas del ingeniero. Algunos grandes programas se han producido en estas circunstancias, pero las emisoras siempre han estado al borde del abismo desde el punto de vista financiero. Para muchos, esto se ha convertido en una medalla al honor, como prueba de que uno no se ha vendido al sueño americano de éxito material.

Una visita a la KPFA basta para convencer incluso al más escéptico que el éxito material no era el objetivo de la KPFA. Alfombras raídas, pasillos oscuros y chirriantes, oficinas llenas de muebles viejos, una sala de noticias exhibiendo grabadoras antiguas, y sistemas de calefacción, refrigeración y cañerías que apenas funcionan. Esta es “la naturalaza” de la KPFA y de todas las radios comunitarias en Estados Unidos. En un encuentro de la Federación Nacional de Radiodifusoras Comunitarias en 1985, por ejemplo, los participantes en un taller discutían acerca de si reemplazar un viejo sofá roto (como había hecho recientemente una emisora) podría destruir al ambiente propio de la radio comunitaria.

Dada este contexto, fue un choque para mucha gente cuando la KPFA se mudó a un edificio nuevo, diseñado y construido especialmente para ella, con mobiliario nuevo (gran parte de éste hecho a la medida) y estudios nuevos completamente equipados. ¿Era esta todavía una emisora comunitaria? ¿Y como podía permitirse semejante palacio, una radio que siempre parecía estar luchando por sobrevivir?

La historia empieza con una mujer que hace muchos años había sido oyente de la KPFA. Como tantos otros, hacía regularmente pequeñas donaciones. Un buen día murió. Normalmente, su muerte hubiera sido apercebida por pocos en la emisora. Su guía mensual hubiera sido devuelta por la casa de correos, y después de algún tiempo, por dejar de hacer más donaciones, su nombre hubiera sido dado de baja en la lista de miembros. Muchos de los primeros mantenedores de la KPFA se estaban haciendo viejos, y no es de extrañar que algunos murieran. Sin embargo, era algo diferente la historia de esta mujer. En su testamento dejó su casa para la emisora. La mayoría de los oyentes no lo hacen.

La casa, aunque modesta, era valiosa porque se encontraba en el área de la Bahía de San Francisco, donde las viviendas están en gran demanda. En otros tiempos, el dinero resultante de su venta hubiera podido ir a parar al presupuesto de explotación de la emisora. Pero cuando se hizo la donación, la KPFA estaba muy preocupada por hallar un nuevo hogar para sí.

Otro contribuidor de muchos años de la emisora había muerto, el propietario del espacio donde estaba situada la KPFA. Durante años, había permitido que la estación pagara un alquiler muy bajo. Los nuevos dueños, sin embargo, subieron el alquiler despiadadamente. El sitio nunca había sido ideal para una radioemisora, pero al menos hasta entonces había sido una ganga. Irse empezó a parecer interesante, pero es muy

difícil conseguir un buen lugar a precio moderado en Berkeley. De modo que el dinero procedente de la casa de la difunta mantenedora venía a representar una oportunidad especial: la suerte de empezar un nuevo edificio fundado por la KPFA.

Un pequeño cálculo mostró que una nueva casa sería un proyecto ambicioso. Haría falta un par de millones de dólares, quizás tres para conseguir un nuevo solar para la emisora. Para la mayor parte de la gente de KPFA eso parecía completamente imposible, sobre todo, puesto que el dinero había de ser recaudado por encima de los costos de explotación en curso, y de entre la misma gente.

Se pidió a una firma de investigaciones simpatizante que se informase si era factible intentarlo y recaudar al dinero adicional. La respuesta fue un sorprendente “sí”. Los investigadores descubrieron que había mucha gente dispuesta a donar en una campaña para el edificio de la KPFA, y algunos tenían voluntad de hacer donaciones muy grandes. Hubiesen querido hacerlas antes, puntualizaron, pero nadie se lo había solicitado. ¿“Miles de dólares?” preguntaron los investigadoras. “Para la KPFA,” decía la respuesta, “seguro”.

La gerente de la KPFA, Patricia Scott era el elemento clave para sacar todo el proyecto hacia adelante. Un observador de la situación afirma que eso se debe en parte al hecho de que ella es afroamericana.

Muchos de los blancos progresistas en la KPFA se aferran a la idea de que la emisora no es auténtica ni real a menos que la butaca tenga muelles rotos y el brazo tensor de la cubierta de la grabadora esté sujeto con cinta de goma. Pat no concibe porqué la comunidad no debe de tener un equipo tan bueno como le sea posible. Las multinacionales no deberían ser las únicas en disponer de equipos decentes.

Otros piensan que nada tiene que ver el hecho de que sea negra. “Es tan solo una jefa enérgica que quiera sacar la emisora adelante”.

Fuese o no una jefa fuerte, la campaña para recaudar fondos le infundió miedo también. En la apertura del nuevo edificio, declaró: “Una mañana tenía que ir por primera vez a pedir a alguien 40.000 dólares. Me tuve que ejercitar durante horas ante al espejo. Cuando me dijeron que sí, casi me caigo de la butaca”. Poco antes de que se inaugurara el edificio, se habían recogido 2.272,015 dólares, la mayor parte procedente de particulares. Medio millón de dólares venían de fundaciones sin finalidad de lucro y cerca de 95,000 de un programa del gobierno.

En la apertura del nuevo edificio, la duración de la KPFA enseñó con orgullo a los visitantes las bellas mesas con madera incrustada, los escritorios hechos a la medida, las pantallas de lámparas con vidrio de colores y hierro forjado, todos creados gracias al trabajo donado por artesanos locales. El programa inaugural presentó una canción especial llamada Homenaje a Pacífica”, escrita por el gran compositor americano Lou Harrison. Un sistema de ordenador electrónico conectó a todo el edificio y los arquitectos (admiradores de la KPFA), habiendo aceptado honorarios mucho menos importantes de lo que merecía su esfuerzo, diseñaron el espacio interior para permitir la interacción entre los trabajadores y expresar su amplitud de miras a los visitantes. Hubo un incremento notable en la calidad de todos los estudios y sus equipos, los cuales comprenden ahora un asombroso piano electrónico, un “Disk-Klavier” de Yamaha.

La KPFA no es la primera emisora de radio comunitaria en Estados Unidos que recaudó dinero con el fin de mudarse a una vivienda mejor. Pero a causa de su alto relieve, de las grandes cantidades de dinero percibidas, y al llamativo contraste entra la antigua y nueva vivienda, la mudanza ha desencadenado un debate sobre la definición de la radio comunitaria y su lugar en la comunidad.

Muchas personas, entre ellas oyentes, voluntarios y personal a sueldo, observan que la KPFA no ha comprometido ninguno de sus principios. La emisora todavía se niega absolutamente a aceptar donaciones de sociedades comerciales, aún defiende la expresión libre y la discusión política, los locutores continúan poniendo música desatendida por las emisoras comerciales y la KPFA tiene las ondas más asequibles en la ciudad. Dicen que el nuevo edificio muestra que si uno persiste en sus principios y sirve realmente a su comunidad, acaba siendo recompensado. La manara como la gente, desde progresistas de renombre a obreros ordinarios han ayudado a la campaña y donado al trabajo requerido para hacer numerosos retoques espaciales en el edificio es prueba de ello. Argumentan que la KPFA ha probado ser una institución comunitaria que le importa realmente a la gente y está recibiendo apoyo como debe ser.

Luego se encuentran los disidentes. Se preguntan si KPFA, que a menudo ha sostenido ser el modo de expresión de los pobres y humildes, se está alejando de ellos. Los que vienen a la emisora, ¿van a sentirse como si entraran en la sede social de una gran corporación?, ¿van a sentirse incómodos?, ¿van a hablar distinto en la radio?

Los argumentos van más allá de una simple preocupación sobre la calidad de las instalaciones. Parte de la razón por la que la mudanza de la KPFA a un nuevo edificio es un acontecimiento simbólico para la radio comunitaria en Estados Unidos, es que llega en un momento en el que existe un debate considerable entre los profesionales de este campo en torno a la dirección de sus emisoras. La discusión se ha concentrado en la búsqueda de público, técnicas de recaudación de fondos y la importante área de la programación.

Algunos esgrimen al argumento de que no todos los enfoques tradicionales de la radio comunitaria operan muy bien. Opinan que si la radio comunitaria ha de cumplir su misión y tener un impacto significativo en la comunidad, han de cambiarse estos enfoques. Los grupos comunitarios pueden acceder a las ondas, pero el “sonido” no es asequible a las oyentes. Tal vez programas con buenos conceptos políticos o culturales necesiten ser reestructurados si no llegan a la gente. Resulta difícil para los oyentes seguir el horario general de programación de “colcha a remiendos”, con varios programas especializados dirigidos cada uno a un público distinto. Las emisoras necesitan prestar mucho más atención a la calidad de producción de los programas, de lo contrario, ahuyentarán a la audiencia. Los equivalentes a nivel de la programación de las oficinas atestadas y sofás viejas no animan a la comunidad a hacer uso de la emisora. El oyente puede ser mejor servido participando en programas racionales con sonido de mejor calidad, en vez de producirlo todo en el ámbito local. Y, por fin, las emisoras deberían aprovecharse plenamente de los datos que les pueden facilitar ahora las agendas profesionales de sondeo de audiencias (antes limitadas a las emisoras comerciales) para poder evaluar como están actuando.

Otro aspecto del debate podría ser representado por el titular de un artículo en “Current” en el cual se pregunta si la radio comunitaria está “perdiendo su alma” por “ir en busca de números”. Según este enfoque, los sondeos profesionales de audiencia tienen un prejuicio comercial y no son apropiados para la radio comunitaria. Los horarios de programación corrientes pueden parecer un revoltijo, pero representan la diversidad y riqueza de la comunidad. En vista de esto, las nuevas tácticas que se están proponiendo abandonan los ideales de radio comunitaria en busca de mayores audiencias y más ingresos. No es difícil comprender por qué un edificio nuevo, bello y bien amueblado ha podido cristalizar este debate. Pero, sea lo que sea lo que represente, la emisora se ha atado la manta a la cabeza. Hubo construcción y mudanza. También está realizando sondeos de audiencia y una profunda revisión de su horario de programación. El tiempo dirá en qué medida la emisora y sus oyentes serán influidos por estos cambios.

* * *